# Os Reinos Ibéricos na Idade Média

## Livro de Homenagem ao Professor Doutor Humberto Carlos Baquero Moreno

Coordenação de

Luís Adão da Fonseca
Luís Carlos Amaral
Maria Fernanda Ferreira Santos

Vol. II

editora Civilização

# FICHA TÉCNICA

Obra publicada ao abrigo do Protocolo de Colaboração entre a Faculdade de Letras
da Universidade do Porto e a Livraria Civilização

Copyright © 2003 Livraria Civilização Editora

Todos os direitos reservados
1.ª edição / Setembro 2003

Fotocomposição e paginação electrónica,
impressão e acabamentos efectuados na
Companhia Editora do Minho, S. A. – Barcelos,
para Livraria Civilização Editora no mês de Maio de 2003

Depósito Legal n.° 196233/03

ISBN da colecção: 972-26-2060-6
ISBN do Vol. II: 972-26-2135-1

**Livraria Civilização Editora**
R. Alberto Aires de Gouveia, 27
4050-023 Porto

civil@mail.telepac.pt

Ilustração da Capa: conjunto de escudos de armas do Livro do Armeiro-Mor
(séc. XVI), IAN/TT, Lisboa

Tendo em conta a grande diversidade de normas de citação
bibliográfica utilizadas pelos autores nacionais e estrangeiros, e
apesar dos esforços do grupo de coordenação no sentido de promover
a uniformização das mesmas, foi decidido respeitar-se
integralmente as opções tomadas pelos autores.
Os coordenadores aproveitam, também, para agradecer toda a generosa
colaboração dada pelas Dras. Maria Idalina Azeredo Rodrigues e
Maria Ondina do Carmo, funcionárias do Departamento de
História da Faculdade de Letras da Universidade do Porto, na
preparação do presente Livro de Homenagem.

# Labrando Fortalezas. Planteamientos sobre el Castillo como Núcleo de Estrategias en el Escenario Bélico Anglo-Francés [c. 1066 - c. 1216]*

Manuel Rojas **

Sin mayores comentarios, porque la descripción de aquello que les era evidente fue una tarea que sólo de tarde en tarde interesó a los historiadores medievales, el gran cronista Orderico Vitalis, mientras narra cómo en 1068 Guillermo *el Bastardo* reprimía un severo foco de resistencia encabezado por Edwin y Morcar, señores de Mercia y Northumbría, inserta un pasaje sumamente valioso para procurar comprender el papel de instrumento bélico clave que el castillo había desempeñado en la conquista y ocupación de la Inglaterra anglosajona por los normandos: "Munitiones enim quas castella Galli nuncupant Anglis prouinciis paucissime fuerant, et ob hoc Angli licent bellicosi fuerint et audaces ad resistendum tamen inicimis extiterant debiliores"[1].

Tema que se halla bajo cierta discusión en la actualidad[2], es bastante probable que para los anglosajones sus amplios *burghs* se distanciasen funcional, conceptual y formalmente de esos reductos que eran de un tamaño reducido y que fomentaban la altura edilicia, dos cualidades morfológicas que sirven al profesor Robert Bartlett para diferenciar los castillos de otras fortalezas europeas que les precedieron[3], pero de lo que no cabe ninguna duda es de una cuestión primordial. Desde el momento en el que el duque Guillermo puso sus pies en la Isla y una de las primeras órdenes que impartió fue erigir un recinto con foso y empalizada en Pevensey, donde estaba el viejo fuerte romano de Anderida y, días más tarde, dispuso que se levantara una mota castral en Hastings^, poco antes de derrotar de manera decisiva al rey Haroldo en campo raso, los normandos desarrollaron una estrategia de control territorial y de la población indígena que se basó con éxito notable en la erección de castillos en los lugares que consideraron necesario^. De hecho, la multiplicación de propugnáculos alcanzó proporciones tan grandes en las generaciones siguientes que, cuando Enrique II llegó al trono en 1154, Roberto de Torigny cuenta que el monarca mandó destruir nada menos que 1115 castillos

---

* Quisiera agradecer a la Dra. María Dolores García Oliva y al Dr. Luis de Mora-Figueroa quienes, cada uno a su forma, son la paciencia personificada conmigo desde hace años, que hayan leído el manuscrito de este trabajo y que, con su sensatez y su conocimiento, evitaran más de un enojoso dislate aunque, sobra decirlo, la completa responsabilidad del texto es sólo mía.

** Universidad de Extremadura.

[1] *The Ecclesiastical History,* ed. por M. Chibnall, Oxford, reed. 1983, vol. II, Libro IV, p. 218. Esta primera nota al pie me sirve para indicar, también, que los términos de arquitectura militar que se emplean en este trabajo se hacen de acuerdo con el siempre útil *Glosario de Arquitectura Defensiva Medieval,* Cádiz, 1994 y 1996, 2- ed., ela borado por el profesor Luis de Mora-Figueroa.

[2] Véase, por ejemplo, M. STRICKLAND, "Military Technology and Conquest: The Anomaly of Anglo-Saxon England", *Anglo-Norman Studies,* IX, 1996, p. 369 y ss., y la bibliografía que cita.

[3] *The Making of Europe. Conquest, Civilization and Cultural Change, 950-1350,* Londres, reed. 1994, p. 65.

[4] Guillermo de POITIERS, *Gesta Guillelmi ducis Normannorum et regis Anglorum,* ed. y trad. de R. Foreville, París, 1952, pp. 164 y 168; Guillermo de JUMIÉGES, *Gesta Normannorum Ducum,* ed. J. Marx, Ruán y París, 1914, p. 134; *The Bayeaux Tapestry,* ed. F. M. Stenton *et alt,* Londres, 1965, *2-* ed., fig. 51.

[5] Al respecto, y como es lógico, la bibliografía es más que abundante pero, por ejemplo, véase N. J. G. POUNDS, *The Medieval Castle in England and Wales. A Social and Political History,* Cambridge, 1990, p. 3y ss., y R. A. BROWN, *The Normans and the Norman Conquest,* Woodbrigde, reed. 1994, *2-* ed., p. 161 y ss. También vale la pena consul tar dos obras clásicas pero aún útiles: la combativa y, en su momento, renovadora E. S. ARMITAGE, *Early Norman Castles ofthe British Isles,* Londres, 1912, y el descriptivo D. RENN, *Norman Castles in Britain,* Londres, 1973, 2ª ed.

adulterinos erigidos, muchos de ellos, durante los años duros de la guerra civil que marcó el reinado de Esteban, en la mal denominada "Anarquía"^. Puede que esa cifra sea harto exagerada, como la mayoría de las cantidades numéricas que ofrecen las fuentes de la época, pero lo que sí deja perfectamente claro es el fenómeno de compulsivo encastillamiento que había experimentado el país desde 1066[7].

Ahora bien, cuando los vientos favorables permitieron que la flota de Guillermo de Normandía y sus aliados levasen anclas en el estuario del Somme y cruzasen el Canal a fines de septiembre de 1066 a la conquista de un reino y de una corona, hacía ya tiempo que en el Continente la polivalencia operativa de los castillos había ido transformando de modo profundo la fisonomía de la guerra[8]. En un mundo en el que la *potestaspublica* estaba seriamente castigada, donde los reyes eran poco más que la máxima expresión de la nobleza y tenían que luchar como el que más para mantener una autoridad disuelta en multitud de manos, los castillos, ya fuera en la más abundante versión de mota y aldea^, en la modalidad todavía escasa de aquellos especímenes de nueva planta labrados en piedra[10] o en la variante que significaba la refortificación de un edificio ya existente, fueron los que terminaron por lograr sustanciales parcelas de poder para aquellos hombres y sus linajes que supieron aprovechar y explotar los atributos tácticos y estratégicos que brindaban[11]. Hombres como el formidable conde angevino

---

[6] *Chronica Roberti de Torigneio, abbatis monasterii Sancti Michaelis inpericulo maris* en "Chronicles of the Reigns of Stephen, Henry II, and Richard I", ed. por R. Howlett, Londres, 1889, vol. IV, p. 177: "(...) de castellis etiam quae post mortem praedicti regis [Enrique I] facía fuerant, ut everterentur; quorum multitudo ad xj. c. et xv. summam excreverat". Una síntesis excelente de este reinado la ofrece D. CROUCH, *The Reign ofKing Stephen, 1135-1154,* Harlow, 2000.

[7] N. J. G. POUNDS, *Oh. cit.,* p. 68, calcula que entre 1066 y 11*54 se levantaron en Inglaterra 900 estructuras cás trales de diversa entidad y tipología. Sin embargo, eso no significa que todas fuesen operativas simultáneamente. Una estimación cuidadosa por parte de C. COULSON, "Castles of the Anarchy, *The Anarchy ofKing Stephen 's Reign,* ed. por E. King, Oxford, 1994, pp. 69-70, sugiere que los castillos adulterinos debieron rondar el centenar.

[8] P. CONTAMINE, *La guerra en la Edad Media,* Barcelona, 1984, pp. 57-58, brinda algunas cifras concretas y sig nificativas: "En el Poitou sabemos de tres castillos antes de las invasiones normandas y de 39 en el siglo XI. En Turena de nueve a finales del siglo IX y de 26 a mediados del XI. En el Maine no tenemos noticia de ninguno antes del siglo X, frente a 11 en 1050 y 62 en 1100. En Auvernia, sólo de ocho en torno al año 1000 y entre 21 y 34 hacia 1050. En Normandía existían unos diez castillos ducales hacia 1035 y unos veinte hacia 1100. En la región de Chartres, en el siglo XII, existían unos veinte castillos en una superficie de 6000 km . Por su parte, M. AURELL, *La Noblesse en Occident (l^-XV[6] siécle),* París, 1996, p. 55, indica que, antes de año 1000 y hasta bien entrado el siglo XI, se produjo un proceso de encastillamiento que tuvo como fruto que, cada cincuentena de años, se triplicase y hasta se quintuplicase el número de castillos por condado.

9 Como es lógico, hay mucho escrito sobre los castillos de mota y aldea pero vale encontrar buenas síntesis en R. HIGHAM y P. BARKER, *Timber Castles,* Londres, 1992; *Les fortifications de terre en Europe occidentale, du X? au XLfé siécle* (Colloque de Caen, 2-5 octobre 1980), publicado en *Archéologie Médiévale,* XI, 1981, pp. 5-123; J. KENYON, *Medieval Fortifications,* Leicester y Londres, 1991, pp. 3-38; M. de BOÜARD, *Manual de Arqueología Medieval. De la Prospección a la Historia,* Barcelona, 1977, pp. 85-117, y la bibliografía que citan.

[10] El profesor L. de MORA-FIGUEROA. *Ob. cit.,* pp. 77-78, denuncia que:

"Tradicionalmente la bibliografía especializada anglo-francesa ha sido y es profundamente etnocéntrica al abordar el origen del castillo medieval europeo, y su prestigio y calidad incuestionables hace que se siga lucubrando entre el *aula* refortificada por el Conde de Blois en Doué-la-Fontaine hacia 950 y el *pvoto-donjon* de Fulk Nerra, Conde de Anjou, en Langeais hacia 994-1017. Glosando inmutable el epifenómeno del feudalismo postcarolingio, agarrotado por un cuerpo jurídico y documental que no deja lugar coherente para interpretar y dilucidar el mismo fenómeno de encastillamiento privado en las zonas periféricas, aunque próximas en el espacio y en el tiempo, en las que su también esplendoroso patrimonio castral no debería existir, teóricamente, a tenor de los postulados tradicionales y endogámicos".

Así, es de obligada mención citar una obra acerca de la primera eclosión castral que tuvo lugar en los condados catalanes altomedievales y que, en buena medida, desmorona muchas de los cronologías y tipologías que hasta ahora se venían barajando sobre los primeros castillos con fábrica de piedra en el Occidente cristiano; B. CABAÑERO SUBIZA, *Los castillos catalanes del siglo X. Circunstancias históricas y cuestiones arquitectónicas,* Zaragoza, 1997.

[11] Al caso, cabe consultar A. DEBORD, *Aristocratie et Pouvoir. Le role du cháteau dans la France médiévale,* París, 2000, un libro que, a pesar de su título, prácticamente se centra en el periodo que aquí me interesa, o Ch. FOURNIER, *Le Cháteau dans la France médiévale. Essai de Sociologie Monumentale,* París, 1978, p. 100 y ss.

Fulco *el Negro,* modestos castellanos como Hugo de Abbevile[12] o ambiciosos nobles guerreros como el duque Federico de Suabia, padre del emperador *Barbarroja*[13].

En efecto, y aunque ya hace mucho tiempo que las palabras castillo y feudalismo van intrínsecamente unidas, y se ha propuesto reiteradamente que el origen de este tipo peculiar de fortaleza se situaba en el periodo "oscuro" de las últimas invasiones, una edad en la que hombres audaces motearon las tierras de propugnáculos con el fin de proteger, en medio del desorden y el tumulto general, a unos campesinos que se hallaban inermes frente a las incursiones piráticas de los normandos y sarracenos y a los ataques de los húngaros, esa lectura con matices "románticos" en la que brilla el héroe individual cargado de buenas intenciones, rechina bastante con los datos que nos vienen proporcionando los estudios sobre lo que estaba sucediendo, en torno al año mil, en el seno de la estructura social occidental y con las cronologías que, cada vez en mayor cuantía, va aportando la arqueología. Ya en 1938 Roger Aubenas dudaba de que la proliferación de esos reductos tuviese una causa tan "espontánea"[14]. Desde entonces, décadas de investigación sustantiva en esa dirección comienzan a afirmar, de una parte, que no hubo una fractura completa entre la castrametación tardorromana y su reutilización e, incluso, perfeccionamiento puntual por las diversas fuerzas políticas que surgieron en Occidente en los siglos altomedievales y, por otra parte, que los castillos fueron abundando al calor del acaparamiento de los poderes públicos, económicos y bélicos por parte de los grandes propietarios que, a veces, se hallaban investidos de autoridades derivadas de una función de carácter público y que tendieron a confundirlas y mezclarlas con los derechos que poseían, en tanto que señores, sobre sus vasallos, mientras que otros individuos, apretando el paso por esa amplia senda que se abría ante ellos, fueron usurpando *defacto* esos poderes de modo progresivo hasta convertir dicha situación en una realidad consumada.

Sintetizando mucho, siendo la base económica última de todo el sistema y de donde, a la postre, arrancaba la capacidad militar y el "status" social, institucional e ideológico de esa nobleza cada vez más vigorosa, la tierra y los hombres que la trabajaban más las graduales y complejas vinculaciones verticales que se fueron estableciendo con otros sujetos que, a su vez, también disponían de parcelas territoriales en las que, mediante el ejercicio de la contraprestación coercitiva, había otros hombres dependientes que se afanaban por explotarlas, no debe producir extrañeza alguna que los miembros de tales aristocracias actuasen agresivamente para hacer cierto y absoluto el apotegma de "nulle terre sans seigneur", que tuvieran como objetivo prioritario aumentar cada vez más el campo de banda de sus competencias jurisdiccionales y que se esforzasen por tener la mayor cantidad de clientelas guerreras y de individuos que, de acuerdo con su condición, fueran potencial gente de pelea que, llegado el momento, pudieran engrosar las huestes y que, al mismo tiempo y de forma recíproca, pretendiesen que sus pares no tuviesen el brío suficiente para irse remontando hasta unos niveles socio-económico parecidos a los que ellos disfrutaban.

Esta dinámica que he procurado esquematizar tanto, puede explicar muchas de las continuas fricciones y conflictos armados que brotaron según fue madurando la feudalidad, su tendencia netamente expansiva y, en última instancia, y desde el punto de vista que más interesa aquí, la búsqueda y hallazgo de un instrumento tan multifuncional como era el castillo: una verdadera

---

12 HARIUL, *Chonique de Vabbaye de Saint-Riquier,* ed. F. Lot, París, 1894, Lib. IV, cap. 21, p. 230, dice de él que "porque no todos eran señores de castillos, Hugo de Abbeville llegó a ser más poderoso que el resto de sus pares. Protegido por su castillo, hacía lo que quería sin temor".

13 Otto de FREISING, *The Deeds o/Frederick Barbarossa,* ed. Ch. Ch. Mierow con la colaboración de R. Emery, Nueva York, 1953, Lib. I, XII, p. 45, recoge una frase significativa: "el duque Federico siempre arrastraba una forta leza a la cola de su caballo".

14 "Les cháteaux forts des X$^{e}$ et XI$^{e}$ siécles. Contribution a l'étude des origines de la féodalite", *Revue histoñque de droit frangais et étranger,* 4$^{e}$ serie, 17$^{e}$ année, 1938, p. 548.

materialización formal del alto grado de tormento en el que estaba sumido el poder público - los reyes, siempre que pudieron, tendieron a reservarse como regalía el derecho a labrar fortalezas - y un medio eficaz de dominar las tierras propias y de conquistar espacios nuevos. Como resultado de ello se pueden establecer un par de conclusiones. La primera es que no pasó demasiado tiempo sin que todo señorío tuviera al menos una fortificación de categoría variable dentro de sus términos, o como indica Jean Dunbabin cuando explica cómo se fueron organizando las fuerzas en la Francia del siglo XI, "so castles became the focal points of new districts; they began to reshape the map of the countryside"[15]. La segunda fue que el castillo, como herramienta conceptual y activa, se convirtió en uno de los elementos básicos empleados para adquirir y, luego, someter aquellas áreas sujetas a expansión, "colonización" e influencia más allá de las mudables fronteras externas e internas de la Cristiandad latina, hasta el punto de que vale roturar el principio simple de que el dinamismo feudal y sus manifestaciones era, en ese nivel de desarrollo, alumbrador inevitable de castillos.

Es por esto por lo que, si nos paramos a sopesar las carreras militares de algunos monarcas y nobles de alto rango considerados, en sus días y por la posteridad, como comandantes destacados en un periodo de la civilización europea occidental que abarca desde fines del siglo X hasta el siglo XIII, y al que Georges Duby juzga "toute entiére dominée par le fait militaire"[16], no es difícil comprobar dos circunstancias significativas. La primera es que no era nada inusual que los líderes militares intentasen evitar a toda costa los choques en campo raso o que, en cualquier caso, procuraran no hallarse involucrados en alguno, en especial si se tiene en cuenta que todos ellos fueron grandes veteranos en acciones de guerra[17]. La segunda, y es la cuestión que quiero destacar en estas páginas, es que los mandos medievales asumieron con rapidez y con todas sus consecuencias la naturaleza que fueron alcanzando las hostilidades en los escenarios operativos en los que tenían que combatir, adaptándose a la*condiciones en las que tenían que luchar porque, en gran medida, ellos mismos las retroalimentaban. En la práctica de la guerra, este factor comportaba admitir que los castillos y las fortificaciones en general eran, aparte de otras facultades que pudieran desarrollar y que ya he anotado sucintamente, unos instrumentos bélicos excelentes en el contexto militar que les tocó vivir. El resultado directo de esta situación fue que los mandos más capaces se convirtieron en poliorcetas destacados que sabían mucho de asedios, de tácticas de expugnación y de arte tormentaria, al tiempo que hicieron ímprobos esfuerzos económicos, tecnológicos y arquitectónicos para edificar, mejorar y mantener en activo sus fortalezas, hasta el punto de que casi todos los personajes con fructíferas y apretadas trayectorias castrenses fueron conspicuos constructores cástrales pues, dicho a bote pronto, "the castle dominated medieval warfare because it dominated the land" [18].

Así, visto por su nieto Fulco *Rechin* como un hombre de "probitas magna et admirabilis" y que "edificavit plurima castella in sua térra" [1^>], Fulco *el Negro* no fue únicamente un gran

---

[15] *France in the Making, 843-1180,* Oxford, 2000, *2-* ed., p. 144, donde, a renglón seguido, examina algunos ejemplos significativos de grandes magnates, como Hugo Capeto, Balduino IV y Balduino V de Flandes, los duques de Normadla o los duques de Aquitania y Borgoña que estimularon la construcción de castillos como un medio práctico de organizar el espacio.

^ "Guerre et société dans l'Europe féodale. Ordonnancement de la paix. La guerre et l'argent. La morale des guerriers" en *Concertó, storia, miti e immagini nelV Medioevo. Atti del XIV*[6] *Congresso Internazionale dAlta Cultura,* ed. por V. Branca, Florencia, 1973, p. 449.

[17] Véanse M. ROJAS, *De la batalla en la Edad Media (siglos XI-XIII). Mitos, tópicos, realidades,* en prensa, y la bibliografía que allí se cita para un análisis de los motivos por los que existía esa repulsión a enfrentarse con el ene migo en campo abierto.

[18] R. A. BROWN, *English Castles,* Londres, 1976, 3ª ed., p. 109- Una frase conceptual que, de manera idéntica, también expone M. STRICKLAND, *War and Chivalry. The Conduct and Perception ofWar in England and Normandy, 1066-1217,* Cambridge, 1996, p. 204: "castles dominated medieval warfare as they dominated the landscape".

[19] *Chroniques des comtes d'Anjou et des seigneurs d'Amboise,* ed. L. Halphen y R. Poupardin, París, 1913, res pectivamente, pp. 233 y 234.

impulsor en la edificación de castillos, entre ellos el conocido proto-*donjon* rectangular en piedra de Langeais sino que, en especial, supo sacarles todo el partido estratégico posible en los continuos conflictos que hicieron de su linaje uno de los más importantes de la Francia del noroeste[20]. Como resume William Anderson en una corta pero descriptiva semblanza de la que es difícil sustraerse:

"Este hombre salvaje y extraordinario invita a la reflexión, en parte por su originalidad y en parte por su inmensa energía. En él, y en otros como él (Fulk Nerra no es un caso atípico ni mucho menos), percibimos la fuerza motriz necesaria para la erección de aquellos castillos que guardaban entre sus muros la potencia vital de su época. En la carrera de Fulk Nerra están muchos de los jalones más importantes de la historia de los castillos. No sólo levantó castillos de piedra para amenazar y aterrorizar a sus enemigos, sino que los dispuso en una cadena estratégica. Mantuvo relaciones estrechas con la Iglesia, que contaba a principios del período románico con el monopolio de los arquitectos que construían en piedra. Era rico... virtud imprescindible para el constructor en piedra. Viajó a Tierra Santa, con lo que se convirtió en un precursor de los Cruzados, quienes a su vuelta traerían técnicas de construcción que ejercerían una gran influencia en los castillos del siglo XII. Pero, y esto es lo más importante, legó a los Plantagenet ese carácter tempestuoso y esa intuición militar que haría de ellos la dinastía capaz de sembrar Europa de castillos, actividad en la que sólo los reyes Capetos y Valois serían rivales dignos de consideración... y éstos también tenían a Fulk Nerra entre sus antepasados"[21].

Por su parte, Guillermo *el Bastardo* se formó como guerrero en regiones plagadas de fortificaciones, enclaves que había que tomar uno por uno si se querían asegurar los teatros de operaciones en los que se luchaba[22]. Ya hemos tenido la oportunidad de esbozar lo que hizo nada más poner el pie en Inglaterra y en los años que siguieron a su victoria en Hastings, una pauta estratégica de ocupación y tutelaje que terminó por sembrar de castillos el paisaje del país: "campaigns and battles were followed up by a detailed taking possession of every part of the country and the fastening of a direct and physical hold upon it. It was this that gave the Norman conquest of England its especial character and it was achieved, it seems, principally by the castle and the way in which the Normans used the castle" [23]. Los descendientes del rey

---

[20] Véase, L. HALPHEN, *Le Comté d'Anjou au Xle siécle,* París, 1902, en buena medida actualizado en el trabajo de O. GUILLOT, *Le Comté d'Anjou et son entourage au Xf siécle,* París, 1972, 2 vols. y, en especial, B. S. BACHRACH, *Fulk Nerra, the Neo-Roman Cónsul, 987-1040. A Political Biography of the Angevin Count,* Berkeley-Los Angeles-Londres, 1993, más sus artículos "Fortifications and Military Tactics: Fulk Nerra's Strongholds circa 1000" en *Technology and Culture,* 20, 1979, pp. 531-549, y "The Angevin Strategy of Castle-building in the Reign of Fulk Nerra, 987-1040" en *American Historical Review,* 88, 1985, pp. 1-26. También, M. D. DEYRES, "Les Gháteaux de Foulque Nerra" en *Bulletin Monumental,* 132, 1974, pp. 7-28.

[21] *Castillos de Europa. De Carlomagno al Renacimiento,* Barcelona, 1972, p. 46. Por su parte, Sir Richard W. Southern, en un libro magnifico, *La formación de la Edad Media,* Madrid, reed. 1980, supo ver en él "una de esas poderosas figuras que reunían las cualidades y fiereza de su raza y consolidaron las conquistas de las cuatro gene raciones anteriores" [p. 89].

[22] J. YVER, "Les cháteaux forts en Normandie jusqu'au milieu du XII^e siécle. Contribution a l'étude du pouvoir ducal" en *Bulletin de la Société des Antiquaires de Normandie,* Lili, 1955-1956, pp. 28-115; D. BATES, *Normandy before 1066,* Londres y Nueva York, 1982, *passim,* E. SEARLE, *Predatory Kinship and the Creation of Norman Power, 840-1066,* Berkeley y Los Angeles, 1988, *passim,* J. GILLINGHAM, "William the Bastard at War", *Studies in MedievalHistory presented to R. Alien Brown,* ed. por C Harper-Bill, C. Holdsworth yj. L. Nelson, Woodbridge, 1989, pp. 141-158.

[23] J. LE PATOUREL, *The Norman Empire,* Oxford, 1976, p. 303 y ss. La cita textual corresponde a la p. 303. R. A. BROWN, "The Norman Conquest and the Génesis of English Castles", reed. en *Castles, Conquest & Charters. Collected Papers,* Woodbridge, 1989, p. 75, no deja dudas al respecto: "Castles are a Norman importation into England and the history of English castles begins —with a few significant exceptions to be discussed— with the Norman Conquest". Acerca de los cuadrados y compactos *keeps* normandos, vale como bibliografía general la cita da en la nota 5. Entre ellos destaca la *White Tower* levantada en Londres con piedra blanca traída desde el otro lado del Canal, véase, por ejemplo, R. A. BROWN y P. E. CURNOW, *Tower ofLondon,* Londres, 1984. En realidad, este era un método que los normandos ponían en práctica allí donde llegasen, bien edificando castillos de nueva planta,

Guillermo no sólo siguieron sus pasos sino que los hoscos conflictos civiles, en los que el protagonismo adquirido por los castillos ha sido interpretado por la historiografía tradicional como una de las causas de las contiendas cuando, en realidad, fue una consecuencia, no hicieron sino aumentar imparablemente su número hasta que el joven conde de Anjou obtuvo la corona a mediados del siglo XII.

Enrique II fue un monarca fuerte y un estadista sobresaliente. Considerado por Jordán Fantosme como el más grande conquistador que había visto Occidente desde la época del emperador Carlomagno[2^] a pesar de que, como tantos otros reyes y magnates de su tiempo, nunca participó en una auténtica batalla campal - ni falta que le hizo -, que comprendió a la perfección el enorme valor estratégico que podían tener las treguas, los pactos y la suspensión de hostilidades con sus adversarios y, por lo tanto, supo moverse como pez en el agua en la densa trama de las vinculaciones políticas aprovechando en su favor, y con fiero talento, las situaciones de ventaja bélica que los tratados y acuerdos le podían ofrecer[2^]. Siempre en movimiento para estar cerca de los problemas entendía, con razón, que el éxito de las acciones militares se escondía tras una infatigable agilidad de maniobra y en la contundencia de los golpes y la presión sobre las fortificaciones del rival y en el control y sostén de las propias - razones que, entre otras, explican su firmeza con los castillos adulterinos que moteaban pesadamente el reino heredado -. Fue un sólido promotor de fortificaciones en tierras inglesas, en las áreas de expansión insular - sobre todo Irlanda y Gales - y en las inmensas posesiones continentales del imperio angevino. Enrique, aunque suele ser presentado como un rey pacificador y legislador, fue un estratega y un táctico de altos vuelos que se rodeó de generales eficaces y que supo sacar amplio partido de los recursos cástrales de que disponía porque conocía más que bien la importancia que tenían las fortalezas en el transcurso y resolución de las campañas y contiendas y como un puntal firme sobre el que hacer descansar la autoridad regia. Así, no debe causar sorpresa alguna que mientras que el profesor W. L. Warren, en la excelente síntesis que realizó de su reinado, opine que el angevino "was famous in his own day as taker of castles, and only the more showy glory of his son Richard has effaced the memory of it (...). The lightning raid, the rapid investment, the headlong and shattering assault -these were the characteristics of Henry II at war"[2^], Michel W. Thompson también sentencie que "Henry II was the great castle-building king in this country [Inglaterra]"[27]. Las dos joyas de tan animosa pero costosa disposición a beneficio de la labra y mejora de castillos fueron Dover, en el sur de Inglaterra[28], y Chinon, sobre el río Vienne[2^], aunque sin olvidar, por ejemplo, determinados y compactos donjones anulares que, pasajero progreso con fábrica de piedra de la mera mota y aldea de madera

---

bien readaptando estructuras cástrales precedentes; D. C. DOUGLAS, *Thé Norman Achievement, 1050-1100,* Berkeley y Los Angeles, 1969, pp. 86-88; E. CUOZZO, *"QueiMaledetti Normanni". Cavalieri e organizzazione militare nel Mezzogiorno normanno,* Ñapóles, 1989, p. 76 y ss.; G. NOYÉ, "Le cháteau de Scribla et les fortifications normandes du bassin du Crati de 1044 a 1139", *Societápotere epopólo nell'etá di Ruggiero II,* Barí, 1979, pp. 207-224.

[24] Jordán FANTOSME, *Cbronicle,* "Chronicles of the Reigns of Stephen..., *ob. cit.,* Londres, 1886, vol. III, 113-118, p. 212: "Le plus honurable e le plus cunquerant / Que fust en nule terre puis le tens Moysant, / For sulement li reis Charle, ki poesté fud grant / Par les dudze cumpaignus, Olivier, e Rodlant. / Si ne fud mes oi en fable ne en geste / Un sul rei de sa valur ne de sa grant poeste".

[25] Al respecto, cabe consultar E. PASCUA ECHEGARAY, *Guerra y pacto en el siglo XII. la consolidación de un sistema de reinos en Europa Occidental,* Madrid, 1996, p. 236 y ss.

[26] *Henry II,* Berkeley y Los Angeles, 1973, p. 231.

[27] *TheRiseofthe Castle,* Cambridge, 1991, p. 43. W. ANDERSON, *Ob. cit,* p. 114, con su expresiva prosa, apunta que: "Constantemente en movimiento (...) Enrique II necesitaba muchos castillos. Como descendiente de Fulk Nerra, corría por sus venas la sangre y la pasión constructora de los Anjou. Era difícil que transcurriera un año de su largo reinado sin que terminara la construcción de un nuevo castillo o la restauración de una vieja fortaleza".

[28] R. A. BROWN, *Dover Castle,* Londres, 1966.

[29] S. ROCHETEAU, "Le cháteau de Chinon aux XII^e^ et XIII^e^ siécles", *la cour Plantagenét (1154-1204),* ed. por M. Aurell, Poitiers, 2000, pp. 315-353 y láminas XI-XVI.

en ruta hacia estructuras formales y tipologías edilicias más complicadas y potentes, cumplieron tareas efectivas a un lado y otro del Canal^[0].

Ricardo I, *Rex Bellicosus,* y sin lugar a dudas el comandante más capacitado en varias generaciones de reyes abocados a hacer la guerra, aún fue más allá y es asunto harto difícil esquematizar en pocas líneas su valía de poliorceta, aunque se puede indicar que su fama y leyenda como estratega de suma inteligencia y como táctico enormemente hábil procede, en especial, de sus campañas en Levante y, en cierta medida, se ha prestado menos atención a sus admirables acciones en las regiones continentales del imperio angevino. "War, like politics, was for Richard, the art of the possible", nos dice John O. Prestwich acerca de su modo de dirigir y ejecutar las operaciones bélicas^[1], un principio cargado de *prudentia* y que olvidado por tantos generales de otros períodos históricos que han sido considerados como auténticos genios militares les llevó, sin más, a la ruina. Únicamente por traer aquí dos ejemplos notables y de geografía distante entre sí, en la costa sur de Palestina, *Corazón de León* realizó una ingente labor de reconstrucción de las murallas de Ascalón a partir de 1192, ya que habían sido sistemáticamente demolidas por Saladino el año anterior[32], mientras que, una vez de vuelta a Occidente, mandó erigir en un plazo de tiempo "récord" - entre 1196 y 1198 - y con unos costes imponentes - aproximadamente 11.500 libras^, una cantidad que excedía a la totalidad de gastos efectuados por Ricardo en sus restantes castillos y ciudades^ - el que gustaba llamar su *bellum castrum de Rupe* o su "Saucy Castle": el complejo constituido, en el Sena, por la isla-fortaleza de Petit Andely y, sobre todo, Cháteau-Gaillard, uno de los hitos de la castellología de su época, un desafio a las fortificaciones de Felipe *Augusto* en La Roche Guyon, 8 kilómetros río arriba, y destinado a ser la punta de lanza fundamental para actuar en el porfiado Vexin[35].

Como no podía ser de otra manera, al otro lado de la colina, tampoco se anduvieron cruzados de brazos ante ese despliegue progresivo de medios cástrales. Felipe II *Augusto,* barajando enormes sumas de dinero, se esforzó por sacar adelante un auténtico programa de arquitectura militar, potenciando y difundiendo determinados diseños poliorcéticos que, junto con las originalidades creativas de Federico II Hohenstaufen en la Italia meridional^ y los castillos concéntricos de Eduardo I Plantagenet en Gales[37], "moldearon entre las postrimerías de los

---

[30] Ch. CORVISIER, "Les 'shells-keeps' ou donjons annulaires, un type architectural anglo-normand?, *Bull. Tri. Soc. Géol. Normandie et Amis Muséum du Havre,* 84/3-4, 1998, pp. 71-82.

[31] "Richard Coeur de Lion: *Rex Bellicosuf',* reed. en *Richard Coeur de Lion in History and Myth,* ed. por J. Nelson, Londres, 1992, p. 15.

[32] D. PRINGLE, "King Richard I and the Walls of Ascalon", *Palestine Exploration Quartely,* 116, 1984, pp. 133-147.

[33] *Magni Rotuli Scaccarii Normannie,* ed. por T. Stapleton, Londres, 1844, vol. II, pp. 309-310, y Sir M. POWICKE, *The Loss of Normandy, 1189-1204. Studies in the History of the Angevin Empire,* Manchester, reed. 1999, pp. 204-206.

[34] En reconstruir las murallas de Eu, la labra más cara que recogen las cuentas de 1198, se gastaron 1250 libras; *Magni Rotuli.., ob. cit.,* vol. II, p. 386. En las fortificaciones de Inglaterra, donde la documentación permite conocer más ajustadamente las partidas destinadas a este concepto, el monarca invirtió a lo largo de su reinado algo más de 7000 libras; R. A. BROWN, "Royal Castle-Building in England, 1154-1216, reed. en *Castles..., ob. cit.,* p. 33.

[35] Como es lógico se ha escrito con abundancia acerca de este recinto excepcional pero, por ejemplo, y aparte de las obras de síntesis, véase en concreto P. HÉLIOT, "Le Cháteau-Gaillard et les forteresses des XII^e^ et XIII^e^ siécles en Europe occidentale" en *Cháteau-Gaillard. Études de Castellologie médiévale,* 1, 1962, pp. 53-75; *Cháteau-Gaillard, découverte d'unpatrimoine,* catálogo de la exposición, 15 de noviembre 1995-6 de febrero de 1996, Ruán, 1996; C. CORVISIER, "Cháteau-Gaillard et son donjon. Une oeuvre experiméntale de Richard Cceur de Lion", *Lesfortification Plantagenet,* ed. por M.-P. Baudry, Poitiers, 2000, pp. 41-54. Los cariñosos apodos con los que Ricardo denominaba a su castillo más querido los recoge J. GILLINGHAM, *Richard I,* New Haven y Londres, 1999, p. 302. Por su parte, N. HOOPER y M. BENNETT, *La guerra en la Edad Media, 768-1492,* Madrid, 2001, p. 53, aportan un mapa útil sobre la estrategia castramental que se siguió en el Vexin normando durante las contiendas que enfrenta ron a Ricardo y a Felipe *Augusto* entre 1193 y 1199.

[36] H. GÓTZE, *Castel del Monte. Gestalt und Symbol der Architektur Friedrichs II,* Munich, 1986, *2^g^* ed.

[37] La bibliografía que trata sobre las construcciones cástrales de Eduardo I es muy abundante, pero cabe con sultar A. J. TAYLOR, "Castle-building in Wales in the Later Thirteenth Century", *Studies in Building History: Essays in*

siglos XII y XIII el período álgido de la fortificación europea" [38]. El Capeto, un hombre poco amante de los torneos, de la música, de los libros, escasamente *courtoise,* de personalidad nerviosa y de aspecto desaliñado, religioso, político astuto y carente de escrúpulos, entendió tan bien que el nervio de la guerra descansaba en las fortalezas y en su posesión que no hizo otra cosa que construirlas, perfeccionarlas y luchar en torno a su control en sus muy abundantes contiendas desde su llegada al trono en 1180 hasta que la gloria adquirida en Bouvines en 1214 selló su dilatada vida de guerrero. Una carrera caracterizada por una obstinación bélica a toda prueba ante cualquier obstáculo que se le presentara y en la que, uno tras otro, tuvo que vérselas, con desigual suerte, con lo más granado de los líderes castrenses de su tiempo, desde Saladino en Tierra Santa hasta los tres grandes monarcas angevinos, desde el emperador Otón hasta Ferrand de Flandes.

Desde luego Felipe *Augusto* no era un general tan brillante y profesional como Enrique II y, ni de lejos, tenía el carisma personal, la amplitud de miras estratégicas y la pericia táctica de Ricardo I pero, a cambio, en el plano militar tenía tres ideas bastante claras. Terminaría ganando la partida si, primero, se rodeaba de especialistas en castrametación y expugnación; si, segundo, presionaba de modo continuo a sus adversarios y, por último, si conseguía que el factor tiempo jugara en su favor. Según demostró el correr de los acontecimientos, fue una elección acertada.

El monarca francés, literalmente tuvo a su servicio un equipo de ingenieros cástrales que edificaron los grandes donjones circulares, algunos de ellos albarranos, y las plantas de recintos con cubos de flanqueo que buscaban la ausencia de ángulos muertos, lo que ha venido a denominarse la "fórmula Felipe *Augusto'*^. A su vez, al comprender que la debilidad de sus sucesivos contrincantes Plantagenets residía en la dilatada extensión de unos territorios sujetos en su base por las ligazones feudales, siempre que tuvo la ocasión intentó romperlas mezclando la propaganda, mejores acuerdos y la fuerza para atraerse así a su postura a la arisca nobleza del imperio angevino con la vista puesta, de un lado, en pretender fracturar la débil conciencia de bloque que podía unir a los bifrontes barones y, de camino, agrietar la enervante contienda de posiciones en la que tuvo que moverse durante decenios^[0]. Tuvo la ocasión de

---

*Recognition of the Work of B. H. StJ. O'Neil,* Londres, 1961, pp. 104-133, y *The King's Work in Wales, 1277-1330,* Londres, 1974; J. G. EDWARDS, "Edward *Ys* Castle-Building in Wales", *Proceedings ofthe British Academy,* 32, 1946, pp. 15-81; J. R. KENYON y R. AVENT, *Castles in Wales and the Marches,* Cardiff, 1987. Acerca de los poliorcetas al servicio de *El Leopardo,* A. J. TAYLOR, "Master James of St. George", *Englih Historical Review,* 65, 1950, pp. 433-457, y "Master Bertram, *Ingeniator Regis", Studies in Medieval History..., ob. cit.,* pp. 289-315. Muestra sobradamente significativa del valor que este monarca daba a las fortalezas y de su obsesión por los castillos fue la anécdota de que ordenó construir uno de juguete, en madera, para el hijo que le había nacido tras los muros de Caernarvon. El futuro Eduardo II lo recibió en 1290, cuando contaba seis años. El monarca pagó 44 chelines al miembro de la corte que lo fabricó; A. J. TAYLOR, "Military Architecture", *Medieval England,* ed. por A. L. Poole, Oxford, 1958, vol. I, p. 98.

38 L. de MORA-FIGUEROA, *Glosario..., ob. cit.,* p. 232.

[39] Fue F. GÉBELIN, *The Cháteaux ofFrance,* Londres, 1964, pp. 52-58, quien acuñó para las obras cástrales del monarca francés esta denominación conceptual. Aparte, por supuesto, de que en cualquier trabajo general sobre arquitectura militar medieval de Francia o de Europa se pueden encontrar bastantes páginas acerca de los recintos mandados reformar o construir por el Capeto y, entre las que destacaría las entradas que ofrecen Ch.-L. SALCH, *Dictionnaire des cháteaux et des fortifications du Moyen Age en France,* Strasbourg, 1979 y J. MESQUI, *Cháteaux forts et fortification en France,* París, 1997, puede verse para más detalles A. ERLANDE-BRANDENBURG, "L'architecture militaire au temps de Philippe Auguste: une nouvelle conception de la défense", *La France de Philippe Auguste, le Temps des Mutations,* ed. por R.-H. Bautier, París, 1982, pp. 595-603; A. de DION, "Notes sur les progrés de l'arquitecture militaire sous le régne de Philippe Auguste", *Mémoires et documentspubliéspar la Société archéologique de Rambouillet,* 1, 1870-1872, pp. 157-181; A. CHATELAIN, "Recherches sur les donjons de Philippe Auguste", *Archéologie Médiévale,* XXI, 1991, pp. 115-161; Ch. COULSON, "The Impact of Bouvines upon the Fortress Policy of Philip Augustus", *Studies in Medieval History..., ob. cit.,* pp. 71-80.

[40] Como simple muestra de lo que comento puede comprobarse el papel que jugaron los linajes fronterizos del Vexin en J. A. GREEN, "Lords of the Norman Vexin", *War and Government in the Middle Ages. Essays in Honour of J. O. Prestwich,* ed. por J. Gillingham y J. C. Holt, Woodbridge, 1984, pp. 46-63.

aprender esa estrategia pronto, cuando su padre Luis VII fomentó la Gran Rebelión de 1173-1174, la "guerra sin amor" como la llamó Jordán Fantosme[41], y que levantó al "Joven Rey" Enrique y a sus inquietos hermanos contra Enrique II. Este, lleno de brío y sagacidad bélica, sencillamente terminó sofocando la revuelta tomando con rapidez un enclave tras otro. Fue la primera oportunidad perdida. La segunda se presentó cuando, durante los largos meses de cautiverio de *Corazón de León,* el príncipe Juan le prestó homenaje y avanzó, como una hoja de cuchillo caliente a través de la mantequilla, ocupando fortaleza tras fortaleza y pasando a controlar tan amplias parcelas de los estados continentales del monarca anglo-angevino que, como declara Sir Maurice F. Powicke, en un par de años "the king of France had shaken the Angevin power in Aquitaine and in Touraine as well as in Normandy"[42].

La vuelta de Ricardo no sólo puso las cosas en su sitio sino que, además, el Capeto tuvo que luchar normalmente a la defensiva y pasar por el desdoro de verse superado, repetidamente, por el genio militar de su enemigo. No obstante, a la tercera fue la vencida. Una vez que Felipe II tuvo que enfrentarse a Juan I, y tras alentar las discordias entre éste y Arturo de Bretaña, en el *annus mirabilis* de 1204 ya había vuelto a reocupar Normandía y, en los años que siguieron, se apoderó de Anjou, Turena, el norte del Poitou y Bretaña, combinando, como ya hiciera una década atrás, la persuasión, la más pura coacción y las operaciones expugnatorias. El punto álgido de todas esas campañas que dieron el golpe de gracia al impresionante imperio feudal que habían ido gestando y difícilmente sosteniendo "la raza que procedía del Diablo" fue el duro y sofocante asedio de la "hermosa hija" de Ricardo, su obra maestra como poliorceta: Cháteau-Gaillard[43]. Como se comprueba, Bouvines puede que sea la leyenda, la jornada que "tal y como se ha repetido en numerosas ocasiones, fue una victoria fundadora: con ella los fundamentos de la monarquía francesa se consolidaron definitivamente"[44]; pero fue la pesada y adusta guerra de posiciones en la que había que ir, obligatoriamente, apoderándose o custodiando palmo a palmo la tierra mediante el dominio de los puntos fuertes la que inclinaba, en uno u otro sentido, el fiel de la balanza de los conflictos.

De esta forma, y tras escueto repaso, creo que puede haber quedado clara la cuestión de que la finalidad última de cualquier estrategia desarrollada por unas partes en conflicto podía tener dos objetivos esenciales. El primero era adquirir o proteger un espacio considerado como propio porque se partía del criterio de tener un derecho legítimo sobre él. El segundo era anexionar áreas de cultura distinta y que, al ser valoradas como modelos sociales "bárbaros", se convertían así en regiones de expansión totalmente lícitas: como apunta John Gillingham, a lo largo del siglo XII las guerras emprendidas contra los países celtas fueron "genuinely imperialist wars. It was in this century that the English learned to despise their Celtic neighbours and to think of themselves as belonging to higher level of civilisation"[4^]. De acuerdo a esta reglas de conducta que brotaban desde el mismo corazón del sistema de organización social feudal, las métodos que podían emplearse para alcanzar tales metas también pueden dividirse en un par de grandes líneas de actuación.

---

[41] *Ob. cit.,* 20, p. 204.

[42] *Ob. cit,* p. 98.

[45] Los acontecimientos militares los estudian con ordenado detalle, por ejemplo, M. POWICKE, *Ob. cit.,* p. 251 y ss., o W. L. WARREN, *King John,* New Haven y Londres, reed. 1997, p. 84 y ss. Los motivos cástrales de esta rápida conquista los analiza en un artículo lleno de sugerencias Ch. COULSON, "Fortress-policy in Capetian Tradition and Angevin Practice: Aspects of the Conquest of Normandy by Philip II", *Anglo-Norman Studies,* VI, 1983, pp. 13-38. La mejor narración del tremendo asedio de Cháteau-Gaillard, con varia información de las crónicas francesas, sigue siendo la de K. NORGATE, *England under the Angevin Kings,* Londres, 1887, vol. II, pp. 416-423.

[44] Así lo dice Georges Duby en el prólogo de su monografía *El domingo de Bouvines, 24 de julio de 1214,* Madrid, p. 7.

[45] "Conquering the Barbarians: War and Chivalry in Twelfth-Century Britain and Ireland", reed. en *The English in the Twelfth Century. Imperialism, National Identity and Political Valúes,* Woodbridge, 2000, p. 42.

A simple vista, la opción más evidente, la que más salta a la vista, era el uso práctico de las armas, la elaboración de estrategias militares de más o menos complejidad y duración que se concretaban en acciones tácticas determinadas: cabalgadas, maniobras de asedio y, de vez en cuando, algún que otro choque en campo raso. Sin embargo, esta faceta de las contiendas conllevaba un problema importante. Este era que, como los dispositivos defensivos de barrera eran normalmente superiores a la capacidad de ataque que podían desplegar las técnicas expugnatorias directas y el arte tormentaria, los adversarios habitualmente intentaban fortificar con profusión los frentes donde tenían lugar las operaciones, tendiendo a encastillar todo aquello que pudieran ¿En qué se traducía esto? En que las actividades castrenses terminaban por convertirse en engorrosas guerras de posición en la que ambos contrincantes y sus aliados circunstanciales pretendían ir erosionando y agotando lentamente la capacidad de resistencia del enemigo pues el "desgaste es un juego en el que pueden jugar dos"^, por lo que no era nada infrecuente que, salvo un absoluto y súbito derrumbe de los puntos fuertes de uno de los contendientes a causa de una patente inferioridad militar se llegara a una perdurable situación de *statu quo* en la que ninguna de las partes tenía el vigor militar suficiente para acabar con el otro en una sola campaña o gracias a una sucesión de agresividades ininterrumpidas, produciéndose de ese modo una ardua dinámica de tomas y retomas de las fortalezas que tutelaban el teatro de la lucha a la búsqueda de que uno de los rivales terminase cediendo por puro castigo y paulatino debilitamiento de sus energías guerreras efectivas y potenciales.

No obstante, y como por sí mismos los métodos *manu militan* solían ser, a corto y medio plazo, de una efectividad limitada, lo normal era que, al mismo tiempo, ambos bandos hicieran todo lo posible por ir minando las bases de las que se nutría el adversario para poder realizar la guerra. Eso significaba procurar limar, debilitar y desestabilizar la densa trama de vínculos feudales que podían dar consistencia a la parte contraria. Para romper esas trabazones, lo que se intentaba era arrastrar hacia la postura propia a todos los miembros del grupo nobiliario que se pudiera ya que, con aquellos, se captaban de camino las subsiguientes ramificaciones verticales de lazos que los unían con otros hombres que, a su vez, tenían vasallos con tierras y, por lo tanto, propugnáculos que les servían para controlar y simbolizar de manera material la autoridad que ejercían en unos señoríos, grandes o modestos, que constituían el fundamento de su capacidad militar. Si por los medios que fuera - amenazas concretas, coacción, mejores contraprestaciones... -, una parcialidad conseguía atraer a su esfera de influencia integrantes notables del otro lado, tal circunstacia comportaba que los dominios y las fortalezas de estos pasaban de inmediato a engrosar las filas de aquellos sin tener que enfrascarse en una lucha de resultados inciertos, además de que esta variación de confederación se traducía en un aumento de los recuros bélicos de la facción receptora. En realidad, y creo que es un factor que siempre debe tenerse presente si lo que se desea es comprender en todo su ancho espectro cómo era la guerra, sus manifestaciones y su desenvolvimiento en esta época y en este contexto geopolítico, lo que hay que hacer es partir de los patrones organizativos internos que hacían funcionar la estructura social feudal y de las diversas texturas y aspectos extermos que esta podía alcanzar.

Desde el punto de vista del ejercicio de la guerra, si se consigue tener en cuenta el elemento primordial que eran los múltiples hilos que unían a los hombres y que los estratificaban en el tejido social, entonces puede que comiencen a adquirir mayor sentido algunas cualidades típicas de las contiendas de este periodo. Cuestiones tales como las rugosidades que podía presentar la marea de los acontecimientos, de dónde procedían en cada momento los recursos militares de los bandos enfrentados y su magnitud, los elementos que permitían organizar y emprender operaciones bélicas y, luego, sostenerlas, los objetivos estratégicos que se buscaban

---

[46] Idea que extrae J. KEEGAN, *el rostro de la batalla*, Madrid, 1990, p. 236, de la contienda de posiciones en la que durante años estuvo sumergido el frente occidental durante la Gran Guerra de 1914-1918.

y las definiciones tácticas y, en última instancia, por qué el control de las fortificaciones y del espacio que estas articulaban eran la principal razón material de las acciones castrenses.

Siendo como eran reyes y magnates feudales y, de acuerdo con ello, perfectamente conscientes del ambiente social en el que se movían, estas razones pueden explicar determinadas cuestiones como, por ejemplo, el hecho de que los monarcas anglo-normandos y Plantagenets, sin escrúpulo de conciencia alguno a pesar de las gruesas condenas que recibieron por hacerlo, tendieron a emplear en sus campañas a compañías de mercenarios^[7] - mientras cobraran oportunamente la soldada acordada no tenían que preocuparse de dudosas lealtades de unos nobles y huestes que, normalmente, lo único que buscaban era su beneficio particular y, así, cambiaban de posición en función de dónde soplasen mejores vientos - ; que se gestaran rebeliones, conflictos intestinos o repentinas alianzas y desnaturalizaciones; que se efectuaran súbitos avances y retrocesos - entre los que destaca por sus dimensiones el derrumbe final de las vastas posesiones de la casa angevina en el Continente, la invasión francesa de Inglaterra, una situación inimaginable para un Enrique II o un Ricardo I, y el furioso enfrentamiento entre los barones y el rey Juan -. Pues bien, en medio de tanta tormenta de avatares, fueran importantes o fueran menudos, los cimientos físicos sobre los que descansaba todo el edificio feudal eran la fuerza, el ascendiente, el prestigio, el poder que brindaban las fortificaciones^[8]. De ahí que se labrasen tantas, de ahí que los monarcas en sus reinos y los grandes en sus ducados y condados aspirasen a reservarse un derecho querido inalienable como era la construcción de castillos y cercas o, al menos, ciertas facultades sobre ellos y que los líderes militares tuvieran plenamente aceptado el hecho de que las contiendas, de acuerdo con sus talentos y aptitudes castrenses, no se ganaban librando batallas sino mediante engorrosas actividades bélicas que tenían como motor principal sacar partido de los atributos ofensivos de los reductos cuando el proyecto en el que se involucraban era conquistar regiones nuevas o que prácticamente se empantanaran en agotadoras tareas de defensa y toma de enclaves cuando el escenario de los combates estaba sembrado de puntos fuertes, ya que ellos eran los que dominaban con efectividad el espacio: "et sic reges in castrorum captione luserunt", dice Roger de Wendover respecto a las guerras que riñeron Ricardo *Corazón de León* y Felipe *Augusto* entre 1194 y 1199^.

---

[47] Por ejemplo, J. O. PRESTWICH, "War and Finance in the Anglo-Norman State", *Transactions ofthe Royal Historical Society,* 5th ser., IV, 1954, pp. 19-43; S. BROWN, "The Mercenary and His Master: Military Service and Monetary Reward in the Eleventh and Twelfth Century", *History,* 74, 1989, pp. 20-38; C. WARREN HOLLISTER, *The Military Organization of Norman England,* Oxford, 1965, pp. 167-190; M. CHIBNALL, "Mercenaries and the *Familia Regis* under Henry I", *History,* LXII, 1977, pp. 15-23; J. BOUSSARD, "Les mercenaires au XIIe siécle. Henry II Plantagenet et les origines de l'armée de métier", *Bibliothéque de VÉcole des Chañes,* CVI, 1945-1946, pp. 189-224. Páginas muy intensas sobre las formas en que actuaban en la guerra estas partidas que las fuentes contemporáneas denominan como *ruptarii, routiers, cottereaux, brabancons* o *aragonais,* entre otros apelativos, en M. STRICKLAND, *War and Chivalry..., ob. cit.,* p. 291 y ss., o en G. DUBY, *El domingo..., ob. cit.,* p. 102 y ss.

[48] Entre los que no hay que minusvalorar la dimensión simbólica de los castillos; D. CROUCH, *The Image of Aristocracy in Britain (1000-1300),* Londres, 1992, p. 260 y ss.

[49] *Chronica Rogeri de Wendover liber qui didtur flores historiarum,* ed. de H. G. Hewlett, Londres, 1886, vol. I, p. 243. Como ya dijo en su momento K. NORGATE, *Richard the Lion Heart,* Londres, 1924, p. 322, ni Ricardo I ni Felipe II tuvieron en ningún momento las fuerzas suficientes ni los recursos necesarios para organizar campañas masivas que diesen a tales contiendas un giro decisivo y una conclusión definitiva, de ahí los continuos asedios de fortificaciones y la puesta en marcha de una directriz estratégica de "raids and counter-raids". Una opinión semejante sostiene F. BARLOW, *The Feudal Kingdom of England, 1042-1216,* Londres, 1988, 4ª ed., p. 364. Agarrotados los antagonistas por esas condiciones, las hostilidades adquirieron una crueldad poco conocida hasta entonces, en buena medida porque ambos reyes contrataron para sus huestes a compañías de mercenarios; J. BRADBURY, *Philip Augustus. King ofFrance, 1180-1223,* Londres y Nueva York, 1998, p. 116. Nos encontramos, pues, ante una arquetípica guerra de posición marcada por la gran densidad de castillos y puntos fuertes que se desperdigaban por las fronteras de las tierras disputadas. Desgraciadamente, no he tenido acceso a la Tesis Doctoral de D. POWER, *The Norman Frontier in the Twelfth andEarly Thirteenth Century,* Cambridge, 1994, pero, basándose en ella, R. V: TURNER y R. R. HEISER, *The Reign of Richard Lionheart. Ruler of the Angevin Empire, 1189-1199,* Londres, 2000, p. 228, establecen las posiciones principales.

Al respecto, me voy a permitir encadenar tres citas textuales de un trío de especialistas que, bregando con viejos tópicos, han ido cambiando nuestro modo de leer cómo era la guerra en los siglos medios y que, considero, puntualizan y aclaran lo que hasta aquí he pretendido explicar. La primera corresponde a Reginald Alien *Castles* Brown: "Militarily, castles were invaluable, and they carne to dominate medieval warfare because they were not only strongholds for defence but also bases for active operations, by means of which a comparatively small number of men, themselves secure form all but full-scale and prolonged investment, could and did control the surrounding district. If, therefore, one wished to control the country, one had first to control the castles"[50]. La segunda corresponde a Matthew Strickland: "castles (...), were the pivotal points of war and the ultimate strategic objetive of the majority of campaigns"[51]. La última es de Raymond C. Smail quien, con su magistral precisión acostumbrada, escribió un pasaje conceptual que, a estas alturas, debería haberse convertido en un axioma para todo aquel que se aproxime, sin actitudes ucrónicas y preconcebidas, al rico mundo de la guerra medieval:

"Effective and durable lordships over a district depended on possesion of the walled towns and castles which lay within it. An invader could control an área while he occupied it with a army; but if he took no strong place then his control ended with the withdrawal of his forces. The primary objective of an invader who carne to annex territory was to take its fortified points. It was not then, as now, to destroy or to paralyse the enemy forces in order that he might impose his will in all things on the ruler whose lands he was attacking"[52].

De modo breve, y antes de terminar, no quisiera dejar pasar la oportunidad de comentar una cuestión más. Con independencia de la paternidad de los castillos y del número de variables que pudieran entrar en juego hasta terminar por definir los aspectos formales, la características edilicias y las cualidades poliorcéticas de una fortaleza, desde las sencillas motas hasta los magníficos recintos diseñados y levantados por los maestros alarifes de Felipe *Augusto,* desde los compactos y cuadrados *keeps* anglonormandos hasta los donjones anulares Plantagenets, uno de los rasgos funcionales peculiares que distinguieron a los castillos de otras fortificaciones anteriores y posteriores es que, como frutos directos de la feudalidad, sus mapas de dispersión en los teatros de operaciones no eran resultado de una teórica red castral planificada con anticipación y, por lo tanto, no estaban integrados en amplios sistemas coordinados por un poder central, regional o local que los hiciera actuar de manera conjunta, pues ese talante estratégico estaba fuera de lugar a causa de las diversas potestades que se repartían la vertebración política del espacio y que, en la práctica, no sólo podían tener intereses particulares distintos sino incluso antagónicos.

De hecho, cuando haciendo rebrotar los postulados que Alfred Harvey había expuesto años atrás[53], John H. Beeler puso en franca relación la distribución geográfica de los castillos de la Inglaterra normanda y de la primera etapa angevina con un concepción de la estrategia basada en unos parámetros no medievales, trazó así la existencia de una malla castramental que cubría los puntos clave del reino, se expresó en términos de "defensa en profundidad" y sugirió que la mayoría de los recintos cástrales, tanto los reales como los baroniales, fueron erigidos de acuerdo con un plan estratégico coherente, diseñado por Guillermo *el Bastardo* y su herederos con la finalidad de satisfacer las necesidades de una defensa "nacional" frente a un invasor extranjero[54], sólo fue cuestión de tiempo que recibiera una replica masiva y reinterpretativa por parte de C. Warren Hollister en un importante estudio que, precisamente, estaba dedicado a la organización militar de la Inglaterra normanda[55]. En realidad, la búsqueda obstinada

---

50 "The Norman Conquest..., *art. cit,* p. 83-

51 *Ob. cit,* p. 205.

52 *Crosading warfare (1097-1193),* Cambridge, 1956, p. 25.

53 *The Castles and Walled Towns ofEngland,* Londres, 1911, p. 3.

54 "Castles and Strategy in Norman and Early Angevin England", *Speculum,* XXXI, 1956, pp. 581-601.

55 *ob. cit,* pp. 161-166.

de sistemas cástrales en el Medievo es uno de los mitos sobre la guerra medieval que, por motivos insondables, todavía gozan de un inane atractivo para un gran número de especialistas y es una clara muestra de la disociación que aún se establece entre la práctica bélica, las características internas de la estructura socio-económica que la sostenía, el conjunto de medios que esta podía brindar para realizar las hostilidades, el juicio que se tiene sobre qué funciones desarrollaba un castillo y las metas militares que se pretendían alcanzar en esos siglos. Haciendo sospechosos oídos sordos a las contundentes razones que han puesto de manifiesto autores a los que es fácil rotular como clásicos - como, por ejemplo, Sidney Painter^ Reginald Alien Brown^[7], Raymond C. Smail^[8] o Frank Barlow59 - en contra de esa paracrónica hipótesis de que la Edad Media estuvo plagada de redes cohesivas de fortalezas, en la actualidad no es nada difícil seguir hallando minuciosos trabajos de investigación que, huérfanos del más rudimentario sentido común y de la más mínima comprensión de la etapa histórica que examinan, siguen buscando sin desfallecer lo que nunca hubo para luego, mediante una suerte de pirueta en la que se lee el registro arqueológico y las fuentes coevas al antojo y de acuerdo con no se sabe muy bien qué soplo de musa, pretender explicar que sí, que había sistemas castellológicos con vocación de barrera y compartimentación estanca del espacio frente a las agresiones del adversario. Aunque aceptar que se puede estar equivocado o, al menos, tener ciertas dudas sobre lo que se plantea es una disposición de ánimo que casi brilla por su ausencia entre los investigadores, entre otros motivos porque como apunta Clive S. Lewis en un hermoso libro "ya hace mucho que el 'martillear monótono de los pasos por el camino fácil y firme' los ha vuelto sordos a cualquier tipo de estímulos", vale traer aquí las terminantes palabras que, con respecto a las líneas de defensa formadas por castillos, emplea Jean Mesqui, y no en una obra erudita sobre el tema sino en un asequible trabajo de divulgación:

"Des le XIX^e siécle s'imposa une visión du cháteau comme élément des stratégies défensives modernes; comme si le Moyen Age avait éte empli de 'prés carrés' a la Vauban, pour chaqué seigneurie, chaqué baronnie, chaqué comté, chaqué duché. Ainsi naissent périodiquement des restitutions de lignes de défense múltiples, valables pour telle ou telle entinté féodale, appuyées sur les fortifications d'autant plus volontiers associées qu'on en connait moins l'histoire (...), de telle sorte que la France serait sous-tendue par un réseau inextricable de lignes Maginot avant la lettre dont la principale caractéristique est... leur constitution *aposteriori.*

L'enchevétrement des pouvoirs dans le monde féodal, variable de décennie a décennie, permet d'exclure de telles visions trop marquées par le cartésianisme, ou le déterminisme modernes (...); le cháteau féodal fut, en tout temps, un centre de pouvoir, et non pas Pélément d'une défense linéaire (...) Jamáis, en effet, ne se constituérent au Moyen Age des réseaux de fortifications constantes *a nihilo* comme aux XVIII^e et XIX^e siécles"^[0].

En resumen, a lo largo de este artículo he intentando mostrar la neta vinculación que se puede establecer entre el castillo como instrumento bélico clave para hacer la guerra y las estrategias que, de acuerdo con las estructuras sociales feudales, se podían diseñar y ejecutar para,

---

56 "English Castles in the Early Middle Ages. Their Number, Location, and Legal Position", *Speculum,* X, 1935, p. 323.

57 *English..., ob. cit.,* I^a ed., p. 192 y 3^a ed. p. 216 y ss.

58 *Ob. cit.,* p. 204 y ss., y *The Crusaders in Syria and the Holy Land,* Londres, 1973, p. 89 y ss., texto del que, por su claridad, me gustaría destacar las líneas siguientes: "The castles and walled towns have often been discussed as if they constituted a planned system of defence, with a outer screen, support line and innermost bases and strongholds. Such a view needs modification because it is anachronistic. It presupposes the existence of an authority with the power and resources to make and execute such a plan; that all crusader castles were founded by crusaders; that the main functions of castles lay in the public sphere and were to provide defence against the external enemy. None of these presuppostions can be justified" [p. 891.

59 *William I and the Norman Conquest,* Londres, 1965, p. 30.

60 *Les cháteauxforts. De la guerre á lapaix,* París, 1995, pp. 123-125.

en última instancia, pretender ganar los conflictos, contiendas que tenían como meta la posesión de espacios terrioriales y la vinculación vasallática de los hombres que había en esas áreas porque ambos eran los factores sustentadores de todo el sistema. "Que la unión hace la fuerza" es una añeja máxima militar que ha conseguido ir venciendo el tiempo hasta incorporarse a nuestro léxico común cuando las circunstancias se hacen difíciles pero, sin duda, nunca fue un precepto castrense y social más cierto que en la Edad Media, cuando el grado de poder de los que mandaban estaba fijado por el nivel de solidez de los vínculos personales que los unían con otros individuos y la autoridad jerárquica que se tenía sobre ellos. Y, desde luego, uno de los apoyos materiales de todo este modelo de organización fueron los castillos: de ahí que motearan en gran número el paisaje de la época, la causa de su importancia ineluctable.